

CAPÍTULO 4

IMPLICACIONES ANTROPO- TEOLÓGICAS DE LA CATEGORÍA COMPASIÓN

La compasión y la teología fundamental

Después de haber mostrado la compasión como categoría sustancial poliédrica, vemos que de esta se desprenden varias directrices que pueden enriquecer el contenido de algunos discursos teológicos. Para este cometido se mostrará cómo incide la compasión en la teología fundamental, en el diálogo ecuménico, en el diálogo interreligioso, la moral y, por supuesto, la espiritualidad. Para ello, continuamos dialogando con la obra teológica de Espeja, tratando de mantener una línea analítica que descubra cómo dicha categoría aporta indicaciones que pueden enriquecer el discurso teológico desde una perspectiva compasiva.

La compasión como hermenéutica teológica

La historia de la teología nos ha mostrado cómo los teólogos de cada época han tenido en cuenta mediaciones que han ayudado a su trabajo teológico. De esa manera, hemos asistido a mediaciones como la filosofía y la historia; y en la época contemporánea la teología, sin abandonar las mediaciones antes mencionadas, ha apelado a la hermenéutica. Tanto así que la teología contemporánea no se comprende sin tener en cuenta criterios hermenéuticos como puntos de referencia para hacer una lectura teológica de la realidad. En esa medida, Jesús Espeja afirma claramente:

El punto de partida de la teología es la “*compasión*” ante la miseria y sufrimiento del otro; al fin y al cabo la teología es la inteligencia de la fe, y el creyente responde con amor confiado a la confianza del Dios misericordioso. Esa “*Theologia cordis*” puede ser crítica saludable para el racionalismo cartesiano y hegeliano, que también contagió a la teología escolástica decadente⁵³⁴.

Por ello la compasión como categoría teológica fundamental se convierte en clave de lectura de teológica. Es entonces que a partir de esta categoría se puede hacer una relectura de los tratados teológicos, pasando así de una teología netamente racionalista a una teología que tenga en cuenta otras dimensiones del ser humano, y no hable en términos abstractos, sino que se dirija a hombres de carne y hueso.

La categoría de la compasión es de vital importancia para hacer una relectura teológica de sus principales contenidos, ya que brinda los criterios suficientes para comprender la relación existente entre el Dios de Jesucristo, los hombres y la Creación, pues es una categoría que nos permite comprender la lógica de Dios y la actitud del hombre frente al mismo hombre y a las demás criaturas. Esto repercutirá en un nuevo abordaje de la teología fundamental y abrirá nuevas perspectivas, dando sentido enriquecedor a conceptos que son permanentes en la tradición teológica. Todavía más: servirá como remedio a los modos de hacer teología en los que abierta o soterradamente aún se presenta primacía de la razón y del intelecto.

Ahora bien, la compasión como categoría hermenéutica puede ser el punto de diálogo con las otras confesiones cristianas, con el diálogo interreligioso y con aquellos hombres que no profesan abiertamente una religión, pero que en su diario vivir se identifican con la compasión porque la experimentan a diario.

La compasión como categoría hermenéutica se puede volver el punto común para establecer un diálogo. Ya que, como se probó en su momento, todo hombre por haber sido creado a imagen del Creador lleva en su corazón las huellas de la compasión. Es un elemento que en principio es connatural al hombre, a no ser que los hombres lleguen a obstinarse tanto en el mal que opaquen y repriman esta sensibilidad por el dolor del otro.

534 Jesús Espeja Pardo. *Para comprender mejor la fe*, op. cit., p. 35.

Concretamente, en Espeja esta evolución se ve perfectamente clara: pasa de un sistema cerrado, esencialista, a una nueva forma de leer la realidad. Él mismo manifiesta claramente: “Mis contactos directos con los pobres e indígenas de países latinoamericanos, así como la lectura reposada de los Teólogos de la Liberación, me ayudaron a tomar en serio el sufrimiento humano ‘como aguijón’ de nuestra historia e interrogante para el desarrollo europeo”⁵³⁵.

Con estas afirmaciones, Espeja va en la misma línea de Jon Sobrino, Metz, Moltmann y otros teólogos que han cambiado la manera de hacer teología. Es decir, han cambiado la forma metodológica de elaborar una teología, y esto, sobre todo, lo han logrado teniendo en cuenta otras claves hermenéuticas a las que en tal o cual tiempo han sido entendidas como canónicas y correctas. En el fondo se trata de encontrar nuevos paradigmas. Dicho esto, la obra de Espeja brinda orientaciones que pueden servir para acrecentar la comprensión de la fe del Dios de Jesús.

La compasión y los signos de los tiempos

Uno de los aspectos más importantes en el ámbito eclesial en el siglo xx fue el Concilio Ecuménico Vaticano II, que supuso para la Iglesia una revolución en sus posturas frente al mundo, una de cuyas expresiones acuñadas fue *signos de los tiempos*. Para este Concilio, “el espíritu actúa en la evolución de la historia donde continuamente se abren posibilidades nuevas, como vacíos sentidos y anhelos presentidos. A estas posibilidades llamamos ‘signos de los tiempos’”⁵³⁶.

Es decir, los acontecimientos de la historia nos muestran ciertos signos que se deben interpretar. Hoy en el mundo contemporáneo observamos ciertos fenómenos. A nivel social, se observan emigraciones productos de la injusticia social; en el aspecto económico una crisis de mercado, desaceración de la economía, modelos inhumanos de economía, crisis petrolera; en el aspecto político, corrupción en las clases políticas, divisiones separatistas, políticas inhumanas (abortivas, promoción de la eutanasia, etc.); en lo religioso, un pluralismo a veces sectario, fundamentalista e integrista,

535 Jesús Espeja Pardo. *Para comprender mejor la fe*, op. cit., p. 35.

536 Jesús Espeja. *La espiritualidad cristiana*, op. cit., p. 22.

persecuciones religiosas; en el aspecto cultural hegemonías de ciertas culturas que se imponen a otras, monopolizando otras culturas, etc.

Pero también se observan aspectos positivos, como la solidaridad de los pueblos, especialmente solidaridad con los refugiados, entidades e instituciones que buscan la paz. Aun en medio de todos estos fenómenos que amenazan día a día la dignidad humana, la estabilidad de los pueblos, la concordia de las naciones, el espíritu de Dios sigue promoviendo las buenas acciones. Y por eso podríamos acotar con Espeja: “(...) el eco de Dios es percibido de algún modo por todos los hombres y mujeres en lo que podemos llamar fe o confianza razonable; en valores como el amor o la justicia que implícitamente remiten a la divinidad, o en la revelación que se acepta como divina”⁵³⁷.

Ahora bien, estos *signos de los tiempos* han sido leídos desde distintos puntos de vista, pero en pocas ocasiones se los ha enfrentado teniendo a la *compasión* como clave interpretante. Ella propicia una forma distinta de leer los *signos de los tiempos*. No es lo mismo leer estos signos desde otras categorías —como propone la razón instrumental—, que en el fondo manipula la realidad. La *compasión* como clave interpretativa nos comunica sensibilidad para asumir los fenómenos sociales y nos ayuda a dar respuesta al hacer del hombre una prioridad, que vale por sí mismo y no es un objeto. Es así que la *compasión* nos ayuda a restablecer la dignidad en el otro.

De ahí que la *compasión* es una clave que se impone para leer los signos de los tiempos. En esa medida el método hermenéutico latinoamericano *ver, juzgar y actuar* sigue estando vigente porque en la dinámica de sus pasos se apela a criterios del Evangelio para juzgar a la misma realidad, sabiendo que el teólogo siempre tiene como criterio leer la realidad a partir de los pobres, los preferidos de Jesús. Pero para esto el teólogo debe tener una sensibilidad exquisita por el otro. En consecuencia, la *compasión* en estos tiempos es clave de lectura de sus signos, algo que se reafirma cada vez más con el magisterio del Papa Francisco.

537 Ibíd., p. 24.

La compasión como categoría testimonial

La teología fundamental en los últimos años ha incorporado la categoría *testimonio*. Entendemos por este aquella capacidad para expresar algo de lo cual se ha tenido experiencia. Es así que los primeros discípulos de Cristo dieron testimonio del Resucitado, pero este no solo implicó la confesión de fe en la persona de Cristo, sino también en re-crear la conducta de Jesús.

Hoy los cristianos están llamados a esta re-creación vivencial, por eso “quien respire los sentimientos del Padre —misericordia y justicia—, no puede quedar impasible y pasivo ante la marginación de los pobres y ante los sufrimientos de la humanidad”⁵³⁸, y esto vale también para “todos los hombres de buena voluntad” (Lc 2, 14). Si la compasión es un comportamiento decisivo en la lógica de Jesús, significa que la vivencia de esta se convierte en categoría testimonial. Es decir, el que vive la compasión reproduce los sentimientos del Padre y del Hijo, dando así testimonio de la manifestación del Dios de Jesucristo y del mismo Jesús.

Hoy más que nunca la Iglesia debe dar testimonio. Y este se da cuando se entra en el camino de la compasión, la experiencia misma de Jesús de Nazaret, quien con su conducta reprodujo los gestos del Padre. Por ello, la compasión se constituye en una categoría fundante de la teología fundamental. Se da testimonio cuando se asume una actitud compasiva, porque este es un gesto capital de la vida de Jesucristo.

El pueblo de Israel tomó conciencia de la misericordia y de la compasión de Dios hacia ellos, pero el mismo pueblo de Dios siguiendo la tradición profética sabe que Dios pide derecho, justicia y misericordia, allí se cifra la vivencia de la ley. En consecuencia, la compasión asumida por los creyentes adquiere el estatuto de categoría fundamental.

De esto se concluye que una teología fundamental, como ya se ha dicho, debe estar abierta a una hermenéutica, a una lectura de los signos de los tiempos y debe tener en cuenta el testimonio. Entonces la compasión se vuelve una categoría fundamental que ayudará a realizar una hermenéutica desde la compasión, a leer los signos de los tiempos desde la compasión, y podrá constituirse en una categoría que postulamos como compasión testimonial.

538 *Ibíd.*, p. 300.

La compasión y el diálogo ecuménico

La Iglesia desde el Concilio Ecuménico Vaticano II ha tomado en serio facilitar el diálogo ecuménico. Para facilitar este primordial objetivo se debe partir de Jesucristo. Es desde la persona de Jesús de Nazaret que podemos comenzar un diálogo. Y este asume un criterio que es la vivencia del Evangelio. Sin embargo,

en las distintas confesiones cristianas hay desacuerdos teológicos, si bien deben ser interpretados en un proceso de complementariedad. Pero el criterio donde se va logrando la unidad es más bien práctico: vivir y actuar buscando el Reino de Dios, pues “sólo el que hace la verdad llega a la luz” (Jn 3,21). Y la verdad es la conducta del Hijo que no ha venido a ser servido sino a servir y a entregar la vida por los demás haciendo suya la causa de los pobres⁵³⁹.

Pero, ¿cómo lograr esto? Para Espeja solo “la compasión y el compromiso con los pobres’ será punto de partida para llegar a la unidad de los cristianos; sencillamente porque solo en esa perspectiva Dios se revela y se deja experimentar como Padre de todos los hombres. Opción preferencial por los pobres que no excluye otras formas de diálogo ecuménico, pero sí las subordina y está en la raíz de todas ellas”⁵⁴⁰.

Es así que la *compasión* se convierte en un aspecto fundamental para el diálogo ecuménico, sabiendo que Jesús encarnó la misericordia compasiva del Padre. Al respecto, tenemos el maravilloso testimonio de Martin Luther King (1929-1968), reconocido mártir de la no violencia evangélica y caracterizado por la preocupación ecuménica, exaltado con el Premio Nobel de Paz (1964).

La compasión como criterio moral

Uno de los campos donde se aprecia con mayor claridad la aplicación de la compasión como criterio de discernimiento es en el campo moral. Ya el

539 Jesús Espeja. *El coraje de futuro*, op. cit., p. 49.

540 Jesús Espeja. *La Iglesia: memoria y profecía*, op. cit., p. 248.

Concilio Vaticano II había dado las pautas renovadoras para la moral de la Iglesia. De hecho, “la Iglesia cree que el ser humano ‘desde su mismo nacimiento, es invitado al diálogo con Dios; existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva’”⁵⁴¹.

Sin embargo, la visión que tiene la Iglesia sobre el hombre es positiva e invita a mirar que Dios ha creado al hombre para la bondad. De hecho, lo ha capacitado al hacerlo imagen y semejanza y le ha dado autonomía, pero esta debe estar inspirada en la vida de Jesús. Al respecto, el mismo Espeja afirma: “Esta invitación ha encontrado respuesta en la conducta histórica de Jesucristo: en su forma de vivir y de morir ‘revela el misterio del Padre y de su amor; así manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación’”⁵⁴².

El creyente, y además “todos los hombres de buena voluntad”, están llamados a re-crear la vida de Jesús, es decir, a vivir el seguimiento de Cristo que consiste en asumir sus criterios de vida, en entrar en comunión con sus valores y actitudes⁵⁴³.

El ser humano es un sujeto de moralidad, es decir, está dotado en su estructura ontológica para ser un hombre que tome decisiones, ya sabemos que todas las decisiones voluntariamente hechas implican una moralidad. Por ende, las acciones humanas ya están cargadas de moralidad.

Ahora bien, esta moral debe estar inspirada en el amor consecuente de la compasión, sabiendo que el amor se expresa cuando se vive desde una perspectiva compasiva. Es que el amor es la vida de las criaturas, todas ellas son movidas por el amor. Y este tiene su fuente en Dios, pues es Él quien ha colocado en los corazones de los hombres los deseos del amor, lo que significa que la moral, es decir, nuestras actuaciones, deben estar enmarcadas en la lógica del amor.

541 Jesús Espeja. *Lo divino en la experiencia humana. Sobre la condición moral*, op. cit., p. 273.

542 Ídem.

543 “Por moral entendemos aquí las decisiones y prácticas con que la persona interpreta y orienta su existencia. Cristiana no es la moral que se reduce a un código de normas ni se identifica con un estilo de vida que se queda en cumplimiento, aunque pueda proceder así la conducta de algunos bautizados, nada tiene que ver con el Evangelio. Cristiana es una conducta moral tal como la practicó Jesús de Nazaret, quien no formuló un elenco de normas a cumplir sino que dejó abierta una invitación: ‘Ven y sígueme’. Fundamental quiere decir que no puede faltar en ningún ámbito de la existencia humana, sea personal, familiar o social”. Jesús Espeja, *Ibíd.*, p. 274.

De todo esto se deduce que la moral está invitada a tener como criterio la compasión, como la norma de normas que ayuda a entender la verdadera relación que existe entre Dios y el hombre, y de este con Dios y las criaturas. Como ya se afirmó, la compasión es ese concepto poliédrico que ayuda a construir una moralidad que asuma principios cristianos, pero que a la vez sirva para el encuentro con otras culturas, religiones, ideologías, etc. Por eso, la compasión se convierte en criterio fundamental para la moral cristiana.

Si miramos los Evangelios, los actos de Jesús están inspirados en la compasión. Siempre Jesús —como expresan algunas expresiones evangélicas—, se movía por la compasión. Esto configura un criterio fundamental de comportamiento que debe enmarcar la vida de los creyentes, pero también es un criterio que tiene aceptación en otras religiones y que universalmente se percibe en las acciones de los hombres de buena voluntad.

La compasión como espiritualidad

El que se deja inspirar por una conducta compasiva adquiere una forma de relacionarse con Dios, los hombres y la Creación. Y esta forma de relacionarse desde una perspectiva compasiva adopta una forma espiritual. Y sabemos que la espiritualidad penetra todas las dimensiones humanas. Tal espiritualidad está inspirada por el Espíritu, por lo cual Espeja aclara: “La vida según el Espíritu es la inspirada por el amor, que genera libertad y hace solidarias a las personas”⁵⁴⁴.

La compasión es la vivencia del amor y, por ende, el que vive la compasión tiene vida en el Espíritu. Cuando vemos comportamientos compasivos en los hombres podemos decir que

confesamos que el Espíritu está presente y activo en todos los seres humanos, en toda la creación (...) Si admitimos que el Espíritu ilumina e impulsa en el corazón de todo ser humano, la espiritualidad tiene que vivir a la escucha en agradecimiento de los anhelos

544 Jesús Espeja. *La espiritualidad cristiana*, op. cit., p. 20.

y empeños que para su liberación van manifestando y practicando mujeres y hombres⁵⁴⁵.

La compasión es un correctivo a la tendencia dualista de ciertas espiritualidades, una actitud que hace que nuestra espiritualidad no sea evasiva, sino todo lo contrario, que sea comprometida con la realidad. La incapacidad para ver de frente la realidad en toda su crudeza es una de las quejas que Espeja manifiesta en muchas de sus obras. Aunque el Concilio Vaticano II denunció los dualismos, estos siguen haciendo presencia de manera endémica en la vida de la Iglesia: “Toda contemplación que nos saque del mundo y nos dispense de solidaridad con los otros y con la Creación entera, no es cristiana, porque el Dios contemplado amó y ama tanto al mundo que ‘Le entregó a su Hijo para que todo el que cree en él tenga vida’”⁵⁴⁶.

Concluyendo, podemos decir que la vivencia de la compasión es una forma de espiritualidad porque encarna una manera de ser. Y, por otro lado, la vivencia de la compasión nos sitúa en relación con los otros no de una manera egoísta sino solidaria, representando así la lógica del Dios uno y trino. Tenemos los casos paradigmáticos del presbítero franciscano san Maximiliano Kolbe (1894-1941), denominado el “mártir de la caridad del siglo xx” al ofrendar voluntariamente su vida por un compañero condenado en el campo de concentración de Auschwitz, y el de santa Teresa de Calcuta (1910-1997), reconocida por toda la humanidad como modelo de compasión, y exaltada con el Premio Nobel de Paz (1979).

Asimismo, en la Iglesia latinoamericana hemos tenido ejemplos no menos emblemáticos como el de san Óscar Arnulfo Romero, mártir de la justicia evangélica en El Salvador (1980), y luego el de Ignacio Ellacuría, jesuita martirizado junto con varios compañeros y colegas de trabajo en el mismo país (1989). Igualmente elocuente fue el ejemplo de Dom Helder Câmara (1909-1999), arzobispo de Recife (Brasil), pionero de la no violencia evangélica en la Iglesia posconciliar latinoamericana. Ha seguido sus pasos el obispo emérito Pedro Casaldáliga también en Brasil, defendiendo a

545 Ibid., p. 21.

546 Jesús Espeja. *Fieles a la tierra. La espiritualidad cristiana*, op. cit., p. 125.

ultranza a los indígenas del Amazonas. Valga, pues, remitirnos al respecto al Martirologio Latinoamericano⁵⁴⁷.

La compasión y el diálogo interreligioso

La espiritualidad es una forma de ser, estar, pensar y existir. Somos espirituales en todos los ámbitos de la existencia humana. Y somos espirituales porque “el mismo Dios Creador es Salvador, y el Espíritu que nos hace hijos actúa en el corazón de todos los seres humanos y en la evolución de los tiempos”⁵⁴⁸. Es decir, que la espiritualidad nos viene de Dios, Él es quien gesta en nosotros que seamos espirituales. Su espíritu ha colocado en nuestros corazones esas semillas de espiritualidad. Ahora bien, “el Evangelio de Jesucristo no es contrario ni rival de las religiones que tienen su verdad y su espiritualidad; más bien explícita y potencia todo aquello hay en ellas de bueno”⁵⁴⁹.

Las religiones también son inspiradas por Dios, por eso no debe haber rivalidades entre ellas, todo lo contrario, debe existir paz y solidaridad entre unas y otras. En las religiones también percibimos valores positivos, comportamientos edificantes, también se tiene una sensibilidad por los otros. Esto nos lleva a concluir que el espíritu que dirige a Jesús también dirige estas culturas, porque en ellas se observan las famosas *semillas del Verbo*⁵⁵⁰.

Cuando observamos la antropología bíblica captamos que “la vida significa una situación de bienestar; incluye todo lo que la persona respira, goza, sufre y anhela”⁵⁵¹. Esto significa que todo lo que fomente y promueva la vida es aceptado por la antropología bíblica. Es así que cuando el hombre

547 Cf. www.agendalatinoamericana.org

548 Jesús Espeja. *La espiritualidad cristiana*, op. cit., p. 15.

549 Ídem.

550 “Los seres humanos pueden salvarse sin tener un conocimiento explícito del Evangelio, sin confesar la existencia de un Dios personal y sin pertenecer formalmente a la Iglesia; por eso hay que interpretar en otros términos el axioma ‘fuera de la Iglesia no hay salvación’. Además, ya en los pueblos que no conocen el Evangelio están las semillas del Verbo y los brotes del Espíritu; no se identifican por tanto con las tinieblas y sombras de muerte”. Jesús Espeja. *A 50 años del Concilio*, op. cit., p. 144.

551 Jesús Espeja. *La espiritualidad cristiana*, op. cit., p. 16.

vive la compasión ya está fomentando la vida y, por ende, está apoyando la visión bíblica de todos los hombres.

En las religiones se observa cómo en estas hay valores que fomentan la vida, es decir, que hay una consonancia con la revelación cristiana y con estas religiones porque ambas promueven valores que favorecen la vida, uno de los más importantes es la compasión. En India son elocuentes los casos de Buda y su compasión y benevolencia emblemáticas, así como Mahatma Gandhi (1869-1948) y su no violencia compasiva tan cercana al espíritu evangélico, reconocido mártir contemporáneo de estas virtudes teologales.

Espeja nos muestra cómo “según Gn 2,7, el mismo Dios que hizo brotar a todos los vivientes, infundió su aliento de vida en el ser humano”⁵⁵². Luego todo rasgo de espiritualidad proviene de Dios. Y es que para Espeja “el único Espíritu que dio vida en la creación y habló por los profetas, actúa en el corazón de todos los seres humanos, y fruto de su inspiración son las distintas manifestaciones religiosas en que se acepta con humildad y se celebra con admiración la presencia de lo santo e inabarcable”⁵⁵³.

Pero Espeja recalca además un detalle importante: “la visión bíblica es muy distinta: el ser humano es cuerpo y alma, un todo enteramente vivificado por el hálito de Dios; el cuerpo es la persona humana vuelta hacia los demás y relacionándose con ellos”⁵⁵⁴.

Esto da pie para afirmar que si la compasión es un aspecto importante de los hombres es porque en el fondo de su vivencia está haciendo que la persona humana viva vuelta hacia los demás relacionándose con ella, lo cual significa que la compasión es una manera que asume la persona de relacionarse con los demás. Desde esa perspectiva, la compasión se convierte en un factor que posibilita el diálogo con las demás religiones, ya que en las grandes religiones se encuentra la compasión⁵⁵⁵ como una actitud fundamental en su vivencia cotidiana.

552 Ibid., p. 17.

553 Ibid., p. 18.

554 Ibid., p. 19.

555 “La tradición budista no se cansa de enfatizar el egocentrismo y el orgullo como obstáculos para la dinámica dialogal, para la adquisición de la sabiduría y la disponibilidad para la *compasión*”. Faustino Teixeira. *Teología de las religiones: una visión panorámica*. (Quito-Ecuador: Abya Yala, 2004), p. 195. (cursivas nuestras).

La inculturación de la *compasión*

La necesidad de la inculturación

Hoy en día se hace necesario el diálogo con la cultura. El Evangelio, en virtud de su misma esencia tiene una dinámica de inculturación, es decir, está hecho para permeear cualquier cultura. En esa medida se hace necesario partir de una definición de *cultura*.

Para Mario Franca Miranda —siguiendo a E. Tylor—, “la cultura es una totalidad compleja que abarca conocimiento, creencias, arte, moral, costumbres y todas las capacidades y hábitos adquiridos por el ser humano como miembro de la sociedad”⁵⁵⁶.

Ahora bien, si miramos a fondo el Evangelio, es un mensaje que abarca todos los aspectos del hombre. En efecto, en el mensaje evangélico se muestra una relación del hombre con Dios, con el mismo hombre y con la creación, lo que significa que la propuesta evangélica tiene en cuenta las creencias, la moral, las costumbres, las convicciones, las formas de actuar y de pensar.

La cultura “como obra del hombre, creado por Dios a su imagen y semejanza (...) es buena y tiende, cuando es correcta, a manifestar la riqueza del ser humano, y consecuentemente la bondad y la sabiduría de Dios Creador”⁵⁵⁷. En la cultura se manifiesta la historia de la salvación. El mismo Dios se revela en la cultura de cada pueblo. Todos los pueblos en esa medida incluyen una dimensión trascendente que las abre al absoluto. De ahí que toda cultura esté en las condiciones de recibir el mensaje evangélico. Es decir, “todas las manifestaciones de Dios en cada pueblo y en cada cultura y religión, son expresiones de quien es ‘rico en misericordia’” (Ef 2,4)”⁵⁵⁸.

Por eso, se hace necesario el proceso de inculturación que se da en los pueblos. Pero, “una genuina inculturación está enmarcada en un progreso holístico, y no en un desarrollo unilateral e irrealizable”⁵⁵⁹.

556 Mario de Franca Miranda. *La inculturación de la fe: un abordaje teológico*. (Bogotá: Celsam, 2004), p. 61.

557 Fernando Sebastián. *Evangelizar*. (Madrid: Encuentro, 2010), p. 125.

558 Juan Esquerda Bifet, *Misionología: evangelizar en un mundo global*. (Madrid: BAC, 2008), p. 122.

559 Diego Irrázabal. *Inculturación: amanecer eclesial en América Latina*. (Quito: Iglesia, Pueblos y Culturas. N.º Monográfico 54-55, 1998), p. 15.

Asimismo, cada proceso de inculturación debe contemplar todos los aspectos. En ese caso, el Evangelio que desea inculturarse en cualquier cultura debe contemplar todas las experiencias de los seres humanos. Con palabras de Mario de Franca Miranda:

esto significa que será acogida, experimentada, expresada, vivida y proclamada con elementos propios de cada cultura. Sólo si se asumen los sentidos, patrones, valores, orientaciones, sensibilidades, conscientemente verbalizados o inconscientemente incluidos en las prácticas sociales de un grupo humano, la iniciativa salvífica podrá ser captada como Buena Nueva, como salvación y como plenitud⁵⁶⁰.

La inculturación en este sentido debe leer e interpretar los signos de los tiempos, sabiendo que son “todos los acontecimientos históricos que logran crear un consenso universal y que permiten la comprensión de las etapas fundamentales de la historia de la humanidad”⁵⁶¹.

Por consiguiente, la cultura se convierte en lugar teológico donde el hombre despliega su dinamismo, es decir, se realiza a través de todas las actividades que ejecuta; en suma, “a cada pueblo Dios le habla y le salva, en Jesucristo, asumiendo su itinerario cultural y espiritual. Cada pueblo recibe la gracia de la salvación”⁵⁶².

La inculturación de la compasión

La compasión —como afirmamos recurrentemente— es uno de los rasgos fundamentales de Jesús de Nazaret y, por lo tanto, de todo discípulo seguidor de Jesucristo. Ahora bien, si el Evangelio está llamado a inculturarse, eso significa que es la lógica de Jesús la que debe permear todas las culturas. Observamos que “Jesús vive apasionadamente un amor entrañable al hombre y no puede soportar la marginación que a todos deshumaniza. Sus

560 Mario de Franca Miranda. *La inculturación de la fe*, op. cit., pp. 84-85.

561 Rino Fisichella. “Signos de los tiempos”. En: Luciano Pacomio; Vito Mancuso. *Diccionario teológico enciclopédico*. (Navarra: Verbo Divino, 2005), pp. 906-907.

562 Diego Irrázabal. *Inculturación: amanecer Eclesial en América Latina*, op. cit., (Nos. 54-55, 1998), p. 57.

mismos ayes y amenazas son como lamentaciones de un corazón movido por una gran ternura”⁵⁶³.

El Evangelio no es solamente palabra sino ante todo hechos. La compasión es la forma más genuina de ejercer la misericordia. Es decir, “la palabra misericordia significa, efectivamente, tener el corazón compasivo por la miseria del otro”⁵⁶⁴.

Ahora bien, si miramos todas las culturas de una u otra manera están llamadas a mostrar el amor, la benevolencia, la simpatía, la ternura y —en este caso que nos ocupa— tener sentimientos de compasión por los otros. En efecto, cuando observamos las culturas encontramos en ellas *semillas del Verbo*, elementos que predisponen a una evangelización. Por eso: “También vale recordar que el Espíritu actúa en la Creación, en nuestra actividad en el mundo (GS 38-39), a lo largo del acontecer humano (‘dirige el correr de los siglos y renueva la faz de la tierra’, GS 26), en la persona humana con gemidos y con alegría (cf. Rom 8:26, 14:17), y en la contemplación de la fe (cf. GS, 15)”⁵⁶⁵.

La compasión, al ser un gesto fundante de la lógica de Jesús de Nazaret, está llamada a inculturarse, a volverse elemento decisivo de las culturas, porque ella muestra la cara del amor de una manera vivencial. Por eso, el papa Francisco afirma: “La misericordia supera cualquier muro, cualquier barrera, y te lleva a buscar siempre el rostro del hombre, de la persona. Y es la misericordia la que cambia el corazón y la vida, la que puede regenerar a una persona y permitirle incorporarse de un modo nuevo en la sociedad”⁵⁶⁶.

En unas culturas que están marcadas por elementos negativos, como el consumismo, la pérdida de valores, la explotación de los pobres, etc. La compasión como característica de la misericordia se hace elemento que expresa el comportamiento de Jesucristo, por ello todo el que vive la compasión con el prójimo, está en pos del seguimiento de Cristo.

563 Jesús Espeja. *La experiencia de Jesús*, op. cit., p. 58.

564 José A. Martínez Puche, O. P. *Misericordia*, en: *Diccionario teológico de Santo Tomás: textos de la ‘Suma’ por orden alfabético*. (Madrid: Edibesa, 2003), p. 567.

565 Diego Irrázabal. *Inculturación*, op. cit., p. 42.

566 Papa Francisco. *Pueblo de Dios en camino: catequesis sobre la Iglesia*. (Madrid: Ciudad Nueva, 2014), p. 42.

Por otra parte, la fe necesita de obras, y el que vive la compasión está manifestando con ese comportamiento que está abierto a la lógica del Evangelio y, por ende, de la fe. Pero hay que tener en cuenta que la fe significa tener un comportamiento que siga los parámetros de Jesús. Lo que implica que al vivir la compasión y al tratar de que este estilo de vida se inculture se muestra que el Evangelio ha tomado vida.

La compasión es tener solidaridad por aquel que necesita ayuda. Por eso, llamar a las culturas para que inculturen el valor de la compasión es manifestar el Reino de Dios que se muestra a través de hechos y palabras. Y, en esta ocasión, mediante un hecho que da testimonio de Cristo, como es la compasión.

Conclusiones

A decir verdad, la compasión es una categoría antropológica que ilumina todo el discurso teológico. Es plausible, pues, desarrollar una teología de la compasión que aborde las temáticas como la teología fundamental, el diálogo ecuménico, el diálogo interreligioso, la moral y la espiritualidad.

En cuanto a la teología fundamental, la compasión se convierte en una clave hermenéutica para desarrollarla; además, sirve para realizar una lectura de los *signos de los tiempos*, de manera que se convierte en una categoría testimonial. En el aspecto ecuménico, la *compasión* es una modalidad de encuentro con las distintas denominaciones cristianas, en cuanto que constituye el elemento distintivo de Jesús de Nazaret. Por su parte, en el *diálogo interreligioso*, las grandes confesiones religiosas comparten la importancia de la compasión dentro de sus sistemas ético-religiosos.

De igual forma, la compasión se presenta como un criterio moral de la acción del cristiano, desde la cual se iluminan sus acciones a modo de imagen y semejanza con respecto a Dios. De ahí que la compasión pueda llegar a constituir también toda una espiritualidad en sentido propio. Por todo lo anterior, dada su importancia capital y capilar, es necesaria la inculturación de la compasión en la sociedad contemporánea, máxime con tantos ejemplos recientes en todas las latitudes.

